

apoyarse en la verdad de las actuaciones. En el drama de Ford, los amantes son dos adolescentes, cuyo amor tiene la claridad y la ceguera del instinto; en la representación del Martín son dos personajes compuestos esforzadamente por Mari Paz Ballesteros y José María Guillén, a los que, inevitablemente, ha de faltar la "verdad orgánica" que reclama la acción dramática y el sentido conceptual de la historia. De ahí esa acumulación de convencionalismos en una obra que necesita, sobre todo, de fuego, de carnalidad, y aun de inocencia, hasta llegar a la misma muerte.

En última instancia, no hay duda de que el esfuerzo ha sido hecho y que en el montaje, en la interpretación, y, sobre todo, en la versión, hay muchas ideas interesantes; que Mari Paz Ballesteros y Vicente Sainz de la Peña han trabajado para que el repertorio prometido se cumpla. Y una vez más se demuestra que, en el teatro, los propósitos son corregidos por los medios concretos con que se cuenta... ■

J. M.

ARTE

Vuelvo a mi pequeño estudio, en esta tarde del 2 de enero de nuestro año recién inaugurado, para escribir mi pequeña crónica, que será también la primera de ese año que estamos empezando. Y veo aquí en mi mesa, entre los papeles de lo que está pendiente del comentario, entre los primeros, el catálogo de la colectiva de pintura vasca, que tengo ahí muy cerca, en la galería Kandinsky. Muy cerca digo, porque tanto Kandinsky -Alfonso XII, 42- como yo ahora -San Pedro, 1, del distrito 14- estamos situados en el kilómetro cero del Museo del Prado. (Yo creo que estamos situados también en el kilómetro cero de España.) Digo que estamos inaugurando el nuevo año, y me parece muy bien empezar mi primera crónica saludando a los amigos euskaditarra -¿se dice así?, aunque hay algo que me entristece en este momento, como ya me puso triste anoche cuando tomaba las uvas ahí cerca, en



Paisaje del vizcaíno García Ergüín.

la Puerta del Sol: me pone triste el recuerdo de Javier Morras. Dicen que está en la cárcel por subversivo. No sé, pero yo doblo el gesto, lo noto, como un signo de incredulidad. Yo también estuve cuatro o cinco veces en la cárcel por "subversivo" y, la verdad, nunca recuerdo haberme preocupado más por mi país. De Javier Morras puedo decir, porque soy testigo de ello, que en su lugar pamplonés de trabajo nadie hizo más por la difusión constante allí de la pintura y de la cultura española. Eso es hacer patria... No he podido evitar el hablar de Javier Morras, porque me lo ha recordado Xabier Sáenz-Gorbea, en su introducción a la exposición de los vascos en la galería Kandinsky. Pero atendámosla.

La Naturaleza en la pintura vasca

Galería Kandinsky. Madrid

No: a mí tampoco me gustan estas exposiciones colectivas de cabo de año, tan difícilmente comentables. Pero como las exposiciones no deben hacerse para que los críticos nos sintamos cómodos, reconozco que esa está bien. Trato de olvidarme de mi condición de comentarista y me refugio en solo es-

pectador, que es lo que debo ser ante todo. A mí, antes de todo posible comentario, artista por artista, que no sé si podré hacer en otra ocasión, me viene muy bien echarle una mirada de conjunto a la pintura de los vascos, aun cuando no sea más que la de paisaje.

Me da la impresión de que esa exposición está organizada desde Bilbao, por cómo se advierte en ella la vivencia de ciertas tradiciones recientes... Ciertas tradiciones, no una especialmente. Bilbao se ha distinguido -frente a San Sebastián y ahora también frente a Vitoria y ahora después de Morras frente a Pamplona- por un mayor escepticismo frente a posiciones vanguardistas y por un mayor recuerdo de ciertas tradiciones que la misma ciudad ha edificado. Lo cual está muy bien: una cultura pictórica implica también la realización de una tradición pictórica. Bienvenida sea "la escuela de la ría". ¡Y la escuela de Pamplona, de la que en otro tiempo me atreví a hablar! Y claro que ya hay una escuela de los jóvenes vitorianos. Y naturalmente está esa escuela de la vanguardia fronteriza, la de los donostiarras, con maestros escultóricos... Pero en fin, ahora a lo que conviene atender es a esa exposición que yo supongo organizada desde Bilbao y que, con muy buen criterio, no pretende

ahora definir ningún tipo de vasquidad pictórica. Me alegro de que hayan incluido como vascos a Darío de Regoyos y a Vázquez Díaz... Todos sabemos cómo trabajó Regoyos en la definición de un paisaje y de una pintura vasca. Y en cuanto a don Daniel, no fue sólo eso: fue además su gran amor por todo aquello... "José María -me decía poco antes de morir-, sólo siento que me voy a morir sin volver a ver Fuenterrabía". No ocurrió así. Menchu Gal supo su angustia y se lo llevó con otro amigo. A su vuelta, le pregunté: "¿Y qué, cómo está Fuenterrabía, don Daniel?". Y él, con cara de niño ingenuo: "Algo transformado, pero como siempre, bellísimo".

Me gusta ver en esa exposición a dos guipuzcoanos incrustados en la escuela de Madrid, grandes nombres en ella: Menchu Gal y Luis García Ochoa. Y veo ahora a un pintor que hacía mucho tiempo que no le veía cosas: Iñaki García Ergüín. Era muy, muy pintor, con un gran dominio de la materia pictórica... Ahora veo que tiene más un gran dominio de la forma... como si hubiese trasladado a Vázquez Díaz... o tal vez a Aurelio Arteta, la sujeción que pudiera haber tenido de un viejo maestro... Sí, es que García Ergüín es vizcaíno. Y veo también a Ricardo Toja, del que se me escapó un comentario a su paisajismo casi "prerrafaelista" cuando hizo su exposición anterior aquí. Como también se me va a escapar el comentario a Federico Echevarría, por cuya exposición en Gavarra veo que vuelve, en buena hora, a la tradición familiar... Veo también que están allí presentes mis amigos de la joven escuela vitoriana, Pello Akerreta y Periko Salaberrí... Y viejos amigos, como Largacha, o García Barrera, o Ismael Fidalgo, o Vicente Amestoy.

Pero, en fin, esto no puede ni debe ser una de esas críticas en las que lo que importa es mencionar un nombre y nada más. Si vuelvo sobre la exposición de los vascos -pero si vuelvo- será para hacer comentarios individuales. Si no, no. ¡Es que son cuarenta! Pero, eso sí, cuarenta pintores de verdad. ■ JOSE M.º MORENO GALVAN.